



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

Editorial
ITM



Los años del miedo

Medellín 1980-1990

Luis Alirio Calle

Los años del miedo

Medellín 1980-1990

Los años del miedo

Medellín 1980-1990



Luis Alirio Calle



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad



Editorial
ITM

Colección Litterae

Calle, Luis Alirio, autor.

Los años del miedo. Medellín 1980-1990 / Luis Alirio Calle (autor). Medellín : Institución Universitaria ITM, Editorial ITM 2025. | Primera edición.

238 páginas ; 15.5 x 23.5 cm. | Ilustraciones.

1. Ciencias sociales | 2. Conflictos sociales | 3. Violencia | 4. Violencia en Colombia | 5. Violencia en Medellín | I. Tít. II. Serie

303.6209861.

Primera edición: mayo de 2025

© Luis Alirio Calle (autor).

© Institución Universitaria ITM

Sello Editorial ITM

Calle 75 75-101

Medellín, Colombia

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

<http://catalogo.itm.edu.co>

editorialitm@itm.edu.co

978-628-7751-24-8

978-628-7751-31-6

Director editorial

Mauricio Vanegas Gil

Profesional universitario-Editorial ITM

Clara María Mejía Zea

Corrección de estilo

Alejandro Vega Carvajal

Diseño y diagramación

Marcela Agudelo Londoño

Diseño de cubierta

Marcela Agudelo Londoño

Las ideas y opiniones de este libro son responsabilidad exclusiva de los autores, quienes son igualmente responsables de las citaciones, referencias y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no responderá ante terceros por el contenido técnico o ideológico del texto ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual. Todos los derechos reservados. El texto puede ser reproducido en todo o en parte y por cualquier medio citando la fuente.

Contenido

7 Prefacio. Recuerdos e imaginarios de la niebla que nos despertó

16 I. VOCES

17 La soledad más pesada
23 Rompiendo el amanecer
29 Vertedor de milagros
35 De turbio en turbio
43 En la voz de la montaña
49 Dolor en pedazos
55 Más terrenal que paraíso
63 Los muros del barrio
71 El hilo en la espesura
77 No volvió a amanecer

84 II. ESPEJOS

85 «No le digas a nadie que tengo miedo»
93 Pavor del nombre
103 El señor Azul Gris
113 Titular de plomo
123 La voz de la niebla
133 El miedo en el bolsillo
143 Prometeo
153 Código de mármol
167 «Esa ropa no, mamá»
177 Luna en el gran salón
189 El recreo del miedo
203 Auto rojo
219 Oídos de *maniquí*



Prefacio

Recuerdos e imaginarios de la niebla que nos despertó

Todos hemos contado la historia. La misma historia, con sonidos y colores distintos, pero la misma. La hemos contado periodistas, escritores, historiadores, el cine, televisiones de muchas partes, una y otra vez; los mismos narcos han narrado sus versiones desde sus ópticas, intereses y miedos. Solo faltó el propio Pablo Escobar para contar su historia y la de su cartel; la versión de su propia furia pudo haber sido la más vista, la más oída, la más leída. No tuvo tiempo, él mismo la acertó.

Tanto hemos oído esa historia, que ya cansa. Pero no la sabemos contada por otras voces que no buscan ni buscarán publicidad, fama o dinero. Nunca nadie entrevistó al miedo ni este le contó a nadie del poder de sus sombras y sus fríos de plomo. Falta aún oír lo que los muertos dicen; bueno, ya lo han dicho y lo siguen diciendo, y no los oímos.

Tampoco hemos oído las voces de los nùmenes del día y de la noche que en aquellos días y noches fueron, ni las del recuerdo y la memoria enmarañados en datos y dolores, tampoco las de caminos y espejos que fueron testigos del sobrepeso del Mal en tiempos de la pesadilla y el pavor; faltan duendes, gnomos, silfos, sílfides y salamandras en llamas por contar

lo que vieron. Ninguna película, ninguna serie de televisión, ningún reportaje ni ninguna novela han oído esas voces ni se han mirado en los pedazos de espejo que aún no han sido encontrados.

Bien... el título de este libro alude a esa época en la que la mafia del narcotráfico oscureció de pavor a Colombia, con mayor vehemencia en la capital de Antioquia y otras regiones del país, como en Bogotá y Soacha en Cundinamarca, y como el sur, en particular la ciudad de Cali, capital del Valle del Cauca.

Medellín fue la ciudad más aporreada, entonces. Numerosos carros bomba explotaron en calles y esquinas en medio de la vida desprevenida; la ciudad fue testigo de asesinatos de magistrados, políticos, jueces, periodistas, abogados y policías, de *vendettas* que dejaban cadáveres en carreteras, lomas y cunetas, masacres de muchachos en barrios populares, secuestros, aparatosas operaciones policiales y militares, y hasta de la propia baja del jefe del cartel de Medellín el 2 de diciembre de 1993.

Era la guerra que las mafias de la droga, principalmente el cartel de Medellín, liderado por Pablo Escobar Gaviria y su primo Gustavo Gaviria, emprendieron contra el Gobierno, específicamente para exigir la no extradición de colombianos a Estados Unidos.

Y Medellín se convirtió en la capital del miedo en Colombia; hasta fue llamada «la ciudad más violenta del mundo». Como muchos ya lo han contado, hubo períodos de pavor en los que a partir de las siete de la noche la ciudad parecía literalmente en toque de queda, sin que mediara orden oficial alguna.

Los hechos y situaciones que menciono han sido hablados y escritos mil veces de mil maneras, y sin

duda seguirán siéndolo en los relatos de mil vidas y mil muertes más. El miedo, el terror, la corrupción, la crueldad, el escándalo, la muerte violenta suelen tener espacios reservados y amplios en todos los medios, asegurado todo ello por el pavor humano, la bulla del sensacionalismo y la demanda existencial de respuestas efectivas y justas, que nunca llegan.

Con la palabra «niebla» en el título de este prefacio me refiero a una época específica, pero cierto es que de niebla —incertidumbre, miedo, zozobra, inseguridad— hemos estado rodeados en Colombia desde que somos país, una república con cortos lapsos de paz a punto de descoserse. Si miramos la historia, y últimamente lo que nos dice la Comisión de la Verdad, hemos sido una nación rota. Sin embargo, y diría que paradójicamente, la misma niebla del miedo fue lo que nos sacudió y nos hizo despertar en los finales del agitado tiempo de Escobar.

Los años del miedo es un conjunto de veintitrés relatos, en su mayor parte fábulas, que intentan entrar en lo profundo del dolor y del miedo, solo con la humana facultad de imaginar. Literatura que busca —no sin la conciencia del probable fracaso— alguna forma, por quimérica que sea, de justicia mediante el hecho simple de contar, así sea con la ilusoria voz de una fotografía, de una imagen religiosa, de un espejo o de una plaza de toros; fallecidos que ven, oyen y dicen desde la verdadera muerte: la de no poder hacer nada sobre una realidad que ya no es la de ellos; el Mal mismo exhibiendo su soberbia y presumiendo de su impunidad a través de hombres que ven, oyen y deciden pero que están sordos y ciegos.

Son textos escritos entre 2010 y 2024. Los diez primeros relatos fueron publicados bajo el título ge-

neral de *Memoria en retazos*, como segunda parte del libro *El día que fui con Escobar a La Catedral* (2011). En la segunda edición de dicho libro, publicada por Tragaluz Editores en septiembre de 2022 con el título *Lo que no pregunté*, estas historias no están, fueron reemplazadas por otro texto periodístico. Esa segunda edición consta de dos crónicas, una sobre el sometimiento del jefe del cartel de Medellín y la otra, resultado de una entrevista al hijo de Pablo Escobar en su empeño de perdón y reconciliación con las víctimas de su padre.

Sometí los diez relatos mencionados a revisión y modificaciones (actualizaciones, cambios, recortes, insertos, correcciones), y con trece adicionales configuré el presente libro, que pretende ser una forma diferente a lo histórico y lo periodístico de acercarse al dolor de las víctimas y de entrar, ilusoriamente si así quiere verse, en el sentimiento e imaginario de muchas personas ante el pesado y trágico fenómeno del llamado narcoterrorismo de los años ochenta y noventa del siglo xx, principalmente en Medellín y Bogotá.

Como dije en alguna ocasión, el cuento, la novela, la poesía —y en el caso de este libro, la fábula— pueden revelar que a lo más profundamente humano lo identifica una soledad irredimible y la oscura ausencia de respuestas. Mucho de eso que nombro como lo más profundamente humano, en épocas y lugares puede estar en contravía de convenciones, normas, religión, leyes, es decir, la cultura, la misma que supuestamente sustenta un orden que resulta contradicho por la desigualdad, la ambición, la guerra, las ideologías, los fanatismos y la interpretación de una supuesta libertad. Tal vez por ello la literatura —más que

el periodismo y la historia— pueda tener mayor posibilidad de acercarse a la verdad; en la literatura la libertad no es supuesta, no es ficción, y en ello estaría esa potestad de proximidad a la verdad, o —digamos mejor— a unas verdades.

Como bien lo ha de saber el lector, al hablar de fábula me refiero a ficción; la mayor parte de relatos, situaciones y personajes son en este libro producto de la imaginación popular, de la cual surgieron muchos cuentos y leyendas sobre Pablo Escobar y sobre otras figuras históricas de las mafias en el mundo. Pero sabido es también que la fuente de la ficción es la realidad misma, y en este libro la ficción solo intenta acercarse a lo que en aquellos años sentíamos y no comprendíamos.

Al final de cada uno de los relatos, el lector encontrará una suerte de reseña informativa que tiene el propósito de ilustrar sobre los hechos y escenarios a los que alude cada fábula, cada historia. Uno de los textos y su correspondiente reseña informativa se refieren a un hecho vivido personalmente por el autor. Como dije, hay nombres, unos reales y otros ficticios que, por serlo, no resultan inverosímiles; la realidad y la ficción se juntan y dan como efecto sueños, mitos, miedos, arte y literatura que finalmente intentan, dentro de los propios límites de la cultura, procurar algún esclarecimiento.

Como el título anuncia, el protagonista de estos relatos es el miedo, acompañado por el dolor, la impotencia, la ausencia de justicia, condiciones en las que entra el ser humano —a menudo causadas por las brechas de los sistemas, las injusticias, los abusos de poder, la sociedad misma, la cultura—, sin apelación y sin defensa posibles, y, en consecuencia, sujeto de desinformación, desorientación, manipulación.

Puede haber partes de algunos de estos cuentos y fábulas con las que quizás intente redimir el vacío que se siente de no haber podido, en mi condición de reportero durante aquellos años, ayudar desde lo más hondamente humano a comprender y sobrellevar el estado de angustia en el que anochecíamos y amanecíamos: búsquedas para las que no hubo posibilidad sin riesgos, ni voluntad de los perpetradores de los hechos, ni colaboración oficial por causa de prejuicios, celos o abuso de poder. Preguntas que no era posible hacer, para las que no hubo tiempo ni fuentes, sin duda tampoco serenidad ni coraje, probable bloqueo causado por las tensas circunstancias de aquellos días.

El reportero estaba solo en ese entonces, quizás siempre lo ha estado; él sería el propio responsable de lo que le sucediera. Todos teníamos miedo y la única verdad era la desprotección, la cotidiana sensación de orfandad ante la realidad, como en el verso de Rainer Maria Rilke:

«[...] lo que en definitiva nos cobija es nuestro desamparo».

Sin embargo, nos hicimos cargo de aquellas noticias que amenazaban con explotar en nuestras máquinas de escribir.

Hace más de tres décadas, Medellín y el resto del país sufrían aquellos años. Quizás muchos de quienes vivimos esos días y noches quisiéramos no tener memoria de tal tiempo, pero ella es necesaria para saber que lo que sucedió podría suceder. El pasado no es solo pasado, es señal y advertencia, nos interroga, procura luces; no podemos volver a él tal como fue, pero él si puede venir a nosotros de

modos que podemos contar, imaginar, suponer y, en consecuencia, prevenir. Para eso sirven la historia y la literatura.

Medellín sufrió, Colombia sufrió, sufrimos todos. El narcotráfico no murió con Pablo Escobar, el Mal no se fue a la tumba con él. La guerra contra el narcotráfico —hasta ahora costosa, sangrienta e inútil—, sigue produciendo millones de dólares que siempre están, y estarán, por encima del valor de la vida. Nada nos dice que no podrían sobrevenir otras noches que nos arrebatan otra vez la esperanza de amanecer.

Pero de aquel horror Medellín se levantó. Una gran fuerza que se puso en pie y en hombros de líderes juveniles, organizaciones sociales y culturales, gobiernos, empresarios, artistas e intelectuales consiguió que en relativo poco tiempo la ciudad volviera a respirar y a inspirar. Ante el horror del pasado, esa fuerza nos habla, nos dice que ahí está y que podemos contar con ella y que pervive en cada uno de nosotros. Tal fuerza tuvo su origen en los barrios populares, a cuyos jóvenes Medellín les temía, pero fueron ellos, armados de arte, los que empezaron a despertar la ciudad y a devolverle sus noches.

Todavía hoy el resto del mundo busca venir a Medellín para saber cómo pudo ser posible el milagro, y, de pronto, intentarlo en otros lugares.

Sin embargo, aún estamos ante una pregunta sin respuesta segura posible: ¿podemos tener certeza de que lo que nos pasó entre los años ochenta y noventa del siglo XX no nos pasará otra vez, con efectos aún más dolorosos y costosos?... El narcotráfico sigue hirviendo en los mismos fuegos y con los mismos

vapores, cuyos matices varían según los países, los gobiernos y los hombres. El narcotráfico sigue siendo el crimen organizado más organizado del mundo y de la historia y sigue teniendo como mercado seguro a una sociedad enferma, más enferma en cuanto más prolongada, costosa e inútil es la guerra contra un negocio que sabe que su prosperidad está en esa enfermedad y en ignorar la ley, o tenerla en cuenta solo para combatirla. La mafia sabe que puede con eso.

Aquella fuerza que ayudó a Medellín a vencer el narcoterrorismo le habla hoy a la política para que evite extraviarse, sobre todo ahora cuando somos una sociedad cada vez más oscura entre los humos de la obtusa polarización, cuyas aguas subterráneas ni siquiera son movidas por ideologías sino por el interés del dinero.

El autor

Medellín, julio de 2024